

APUNTES DE TEORÍA DE LA TRADUCCIÓN. EL MS 85/03 DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

ROSA MARÍA HERRERA
Universidad Pontificia de Salamanca

1. EN TORNO A UNA TEORÍA DE LA TRADUCCIÓN

Cada generación debe traducir los textos fundamentales para su cultura, religión, espiritualidad; por ello resulta aconsejable la práctica de la traducción de textos que permite profundizar de modo directo y personal en unas obras sobre las que se sustenta nuestra tradición cultural y religiosa.

El ejercicio de la traducción es una actividad antigua que desde el comienzo, representado principalmente por la labor traductora que los latinos hicieron de los textos griegos¹, ha contribuido al enriquecimiento

¹ Se considera a Cicerón como el primer teórico de la traducción; se puede traducir como orador, es decir, adecuando el contenido a expresiones adecuadas a la lengua latina, opción que él prefiere o con una actitud distinta hacia el texto original: la del intérprete que simplemente reproduce en su lengua las palabras. Cf. C. T. Cicerón, *De optimo genere oratorum* 14: «Converti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter se que contrarias, Aeschini et Demostheni; nec converti ut interpres, sed ut orator, sententiis isdem et earum formis tamquam figuris, verbis ad nostram consuetudinem aptis».

Esta es también la actitud de san Jerónimo, el interés reside en el sentido del texto, no en las palabras. Un buen traductor es el que es capaz de entender en su propia lengua el sentido del texto del que se traduce: «ego enim non solum fateor, sed libera voce pro-

de la literatura y el pensamiento de las lenguas; esto es especialmente notable en el desarrollo de las lenguas vernáculas durante la Edad Media². Las lenguas romances, por proceder del latín eran consideradas inferiores, al considerarse el latín una lengua perfecta. Al expresar conceptos latinos necesitaban grandes explicaciones puesto que no tenían conceptos equivalentes a los latinos³.

Las teorías sobre la traducción y el arte de traducir alcanzaron en la Alemania del siglo XVIII su punto culminante. La preocupación por la técnica y sobre todo por los presupuestos teóricos de la traducción venía ya preparada por la versión alemana de la Biblia realizada por Lutero y especialmente por las consideraciones expuestas en su *Misiva sobre el arte de traducir* (1530). Aunque casi todo el escrito está dedicado a reivindicar la exactitud de la traducción realizada sobre Rm 3,28, Lutero deja entrever la idea que tiene sobre las cualidades que deben adornar a las traducciones y a los traductores⁴.

En el siglo XVIII⁵ en el ámbito de los estudios del mundo clásico y la posibilidad de la transmisión de este legado a la lengua alemana, aparece la reflexión de Herder⁶ sobre la traducción de los autores antiguos y la dificultad que plantea la versión del metro griego en versos alemanes.

fiteor me in interpretatione graecorum absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu». Cf. S. Jerónimo, *Epistolae* 57, 5.

² Un ejemplo claro lo encontramos en M. Lutero, *Misiva sobre el arte de traducir*, en D. López García (ed.), *Teorías de la traducción: Antología de textos*, Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 1996, 51-52: «Se percibe con mucha claridad que es a partir de mi traducción y de mi alemán como están aprendiendo a hablar y escribir en alemán; me están robando este idioma mío, del que ignoraban casi todo antes. Sin embargo, no me lo agradecen, sino que lo usan como arma contra mí. Se lo tolero, ya que me halaga haber enseñado a hablar a mis discípulos ingratos y además enemigos».

³ Cf. J. C. Santoyo, *Teoría y crítica de la traducción: Antología*, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 1987, 23-44.

⁴ Cf. M. Lutero, o.c., 52: «Lo he traducido lo mejor que me ha sido posible y que mi conciencia me lo ha permitido. No obstante, a nadie he obligado a leerlo; he dejado libertad absoluta, y si lo he traducido, ha sido con la única intención de prestar un servicio a quienes no pueden hacerlo mejor que yo. A nadie le está vedado realizar una traducción más perfecta. No la lea el que no quiera hacerlo; ni le voy a pedir que la lea ni le alabaré si lo hace».

⁵ En 1755 aparecen los escritos de Winckelmann. Cf. J. Winckelmann, *Reflexiones sobre la imitación de las obras griegas en la pintura y en la escultura*, S. Mas (ed.), México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

⁶ 1767 En *Von der griechischen Literatur in Deutschland*. Cf. A. Berman, *L'épreuve de l'étranger. Culture et traduction dans l'Allemagne romantique: Herder, Goethe, Schlegel, Novalis, Humboldt, Schleiermacher, Hölderlin*, París: Gallimard, 1984.

Con ello anunciaba Herder una cuestión fundamental que a partir de este momento se plantearía la mayor parte de los autores alemanes de fines del siglo XVIII y que tiene como consecuencia la fundación y el desarrollo de la filología clásica y el comienzo de la elaboración de una teoría de la traducción. La novedad de su aportación radica precisamente en que entendieron la traducción no como una simple transposición de palabras de un idioma a otro, sino como un problema estilístico y fueron capaces de pasar de la casuística práctica al plano más elevado de la filosofía de la lengua. A ello se añade que sus reflexiones coincidieron con una época de elevado nivel artístico y literario. Todas las teorías sobre la traducción –bastante numerosas– que han surgido a continuación tienen en este período su referencia.

En la traducción intervienen muchos factores y no sólo el contenido, aunque es el elemento primordial. Además del valor propio del mensaje transmitido hay otros elementos: fónicos, morfológicos y sintácticos e incluso la entonación, que son fundamentales para la mejor comprensión del mensaje y del pensamiento del autor original; son difíciles de transmitir, y constituyen precisamente el mayor desafío –e interrogante– que se plantea a los traductores: prueba de ello es que una gran cantidad de textos ya han sido muchas veces traducidos y, sin embargo, se revela como imprescindible una nueva traducción que sintonice con la cultura actual, sin traicionar la de la época tratada.

Una traducción necesita una base teórica, incluso si el traductor no es consciente de ello; de lo contrario puede convertirse fácilmente en una transposición mecánica de palabras extranjeras a otra lengua. Es un trabajo que debe basarse en una serie de principios directivos mantenidos hasta el final. De ahí que la traducción no sea ningún producto literario autónomo, sino interpretación y comunicación del modelo original. Debemos tener siempre presente la interacción entre el autor, el traductor y el lector que se manifestará en comentarios, críticas, discusión, puesto que no se trata sólo de un asunto que se pueda solucionar mediante el empleo de técnicas lingüísticas y no hay *recetas* que puedan aplicarse para lograr la traducción *perfecta*.

Vamos a hacer una brevísima exposición de uno de los posibles itinerarios de un traductor desde que lee por primera vez la obra original, hasta que llega a su traducción definitiva. Este proceso abarca al menos

los siguientes elementos básicos e imprescindibles: comprensión, interpretación y traducción del original⁷.

El primer contacto con el original que nos permite penetrar en el sentido del texto, aunque no sea sucesiva ni conscientemente, es la *comprensión filológica*. En este primer nivel tenemos que tener en cuenta que los traductores no trabajamos con palabras aisladas sino con textos que tienen diferentes niveles lingüísticos. Va más allá de la mera identificación de casos, declinaciones, conjugaciones, funciones de los términos dentro de la oración, etc., que puede adquirirse mediante el ejercicio y que puede generar errores de diversa procedencia. Citamos los más frecuentes ocasionados por una comprensión errónea ya sea de palabras sueltas o bien del contexto: 1. errores debidos a la confusión entre palabras que fonética y gráficamente son iguales o muy parecidas, lo que conduce a una elección incorrecta; 2. errores debidos a una mala comprensión del contexto, cuando cambiamos la función de algún término dentro de la frase o introducimos en la traducción palabras que no cuadran con el sistema ideológico del autor, o con el ambiente de la época. Y esta primera interpretación errónea del original puede llevar a una asociación de ideas incorrecta y por lo tanto a una traducción no fiel⁸.

En el segundo nivel se encuentra la *comprensión del estilo*. Éste es un aspecto menos evidente que tiene que basarse necesariamente en la comprensión filológica, pero muy importante porque de él va a depender en buena parte la elección de los materiales lingüísticos para lograr conservar el acento, el tono, etc. Es necesario que el traductor se dé cuenta del tono irónico, de la sensación de agilidad o lentitud que se quiere transmitir con el uso de frases breves o de períodos largos, y de otros elementos que van más allá del significado concreto de los términos, tales como hipérbaton, paréntesis, etc.

Y finalmente la *comprensión del conjunto*, es decir, del carácter de los personajes, de sus relaciones entre sí, de la ideología del autor, etc. Ello ayudará al traductor a someterse al rigor metódico necesario para reconstruir la obra original en su propio idioma. Es necesario, en efecto, comunicar al lector una serie de acontecimientos, los motivos que los

⁷ Cf. J. Tur, «Sobre la teoría de la traducción», en *Thesaurus* 39, n. 2 (1974) 299.

⁸ Sucede con relativa frecuencia en una clase que algún alumno pregunta si una traducción concreta, que difiere de la que nosotros acabamos de hacer, es correcta. Conviene señalar que no hay una única traducción posible, porque siempre que traducimos interpretamos; y hay que subrayar que debemos estar atentos para que no aparezcan faltas, fáciles de reprochar, debidas a una comprensión errónea de palabras sueltas o del contexto.

determinan, las relaciones entre los personajes, el ambiente en el que viven.

A continuación, una vez entendido el texto, nos enfrentamos con el proceso de *interpretación* de la obra original, un trabajo mucho más delicado, ya que el traductor deberá preguntarse por la intención del autor, intentando a la vez revivir el mismo ambiente en el que surgió la obra, con la dificultad añadida de que para ello el traductor sólo puede partir de los valores objetivos contenidos en el original para transmitirlos a su lengua, evitando la tentación de proyectar sus problemas personales en la obra, de cambiar los valores estilísticos de la misma, o introducir otros factores extraños al original.

Aquí siguen siendo valiosos los consejos que nos daba Humboldt: «Una traducción no puede ni debe ser un comentario, no debe contener ambigüedades provocadas por la comprensión insuficiente del idioma ni por formulaciones abstrusas; sin embargo, donde el original sólo alude sin expresar claramente, donde se permite metáforas cuya correlación es difícil de captar, donde omite pasajes intermedios, el traductor comete una injusticia si introduce arbitrariamente una claridad que deforma el carácter del texto»⁹. Son claros y cualquier traductor estará dispuesto a aceptarlos. No obstante, si bien nadie ha decidido previamente modificar las ambigüedades del texto original, el resultado en la práctica es con frecuencia ése. No es fácil para un traductor, condicionado por su ambiente y por su formación, comprender, interpretar y finalmente reproducir fielmente el texto original. En el proceso de interpretación y comunicación que es a la vez el hecho de traducir, el traductor es el eslabón central de una cadena que empezó con el autor, que posiblemente haya continuado, si se trata de un texto antiguo, en otros traductores y que termina en el lector, destinatario pero también intérprete último de la obra.

Un factor fundamental que influye y condiciona la interpretación de la realidad objetiva del autor por parte del traductor es el momento histórico en el que se escribió, puesto que éste, en mayor o menor grado, comprende la obra original desde su propia perspectiva temporal. Y resulta difícil ser fiel al origen cuando han pasado veinte siglos o más, o casi cinco como será nuestro caso.

⁹ En su prefacio a la traducción del *Agamenón* (*Einleitung zur Agamemnon-Übersetzung*, 1816). Cf. A. Guzmán, «Traducciones españolas», en F. R. Adrados - J. A. Berenguer - E. R. Luján - J. Rodríguez Somolinos (eds.), *Veinte años de Filología Griega (1984-2004). Manuales y Anejos de «Emerita» XLIX*, Madrid: CSIC, 2008, 175-200.

La elección del método depende de la situación histórica del momento y ésta cambia; también de la riqueza o pobreza literaria de la lengua que en ocasiones limita las posibilidades de traducción. Por esto el criterio es distinto para cada traducción y en él interviene, jugando un papel importante, como venimos diciendo, el lector: una traducción perfecta no exige sólo un traductor ideal sino además un lector también ideal¹⁰.

En resumen, para valorar una traducción se tienen que tener en cuenta tanto las normas por las que se rige el traductor en la interpretación de la obra, como la situación histórica y cultural en que ésta se escribió y no sólo la mayor o menor exactitud con la que se reproduce el texto original. Pensamos que como muestra podría valer la definición de traducción –hay muchas– que encontramos en unas jornadas sobre la traducción de textos latinos celebradas en Córdoba: «La mejor traducción es la que, recogiendo el sentido del original, se expresa en un español rítmico y expresivo, tan altivo y enérgico como la lengua a la que traduce, tan apacible y serena como ella, tan brusco y entrecortado como la misma, si éste es el caso»¹¹.

Con frecuencia, ante un texto concreto, el traductor debe optar entre una serie de posibles soluciones. Para ello tiene que considerar atentamente el contexto para tratar de descubrir en él algo que le permita seleccionar una y descartar otras. Para poner un ejemplo: en el caso de que se trate de un término de difícil traducción, porque no encontramos la equivalencia en nuestra lengua, podemos: 1. mantener el término e insertar información complementaria para explicarlo; 2. traducirlo literalmente; 3. traducirlo teniendo en cuenta la cultura de la lengua y del momento histórico del autor; 4. traducirlo teniendo en cuenta la cultura de la lengua y del momento histórico del traductor; 5. eliminar el término problemático, ya que, aunque no es la más recomendable, la omisión es también una estrategia traductora¹².

Formular las opciones, generando posibles traducciones y elegir entre ellas, para seleccionar una definitiva es una operación difícil y compleja. En el hecho de elegir unas opciones y descartar otras, el traductor elabora una serie de ideas sobre qué es la traducción y cómo se debe traducir.

¹⁰ Cf. J. Tur, o.c., 315.

¹¹ Cf. B. Segura Ramos, «El ser de la traducción», en M. Rodríguez-Pantoja (ed.), *La traducción de textos latinos*, Córdoba: Ediciones Universidad de Córdoba, 1997, 13-18.

¹² Cf. A. Pym, *Teorías contemporáneas de la traducción*, Tarragona: Intercultural Studies Group, 2012, 13.

El proceso traductor no termina con la versión del texto original a la nueva lengua. En efecto, la traducción no es sólo interpretación sino también comunicación, que se realiza en la recepción por parte del lector. Éste parte de nuevo de la realidad objetiva –el texto traducido–, que se concreta subjetivamente, según su formación, estado de ánimo, etc. Ello significa que el traductor, para comunicar con la mayor objetividad posible el texto original, debe pensar en el lector para el que escribe. Tiene que contar con la formación e información del lector al que se dirige la traducción, que no siempre será idéntica a la del lector de la obra original. Este es el motivo por el que son necesarias nuevas traducciones de obras ya traducidas. El fin inmediato de todo buen traductor consiste en reducir lo más posible la distancia entre el autor y el lector, mediante una interpretación del texto original¹³. Aquí el peligro radica en el posible empobrecimiento del léxico y otros medios lingüísticos y estilísticos en la obra traducida con relación a su original. La razón se halla en un fenómeno puramente psicológico: el traductor, al hacer una selección entre los medios lingüísticos de su idioma para reproducir los del original, emplea de ordinario palabras con un contenido semántico más amplio que en la lengua de partida¹⁴. Lo mismo puede suceder con las metáforas, en las que es evidente la dificultad de traducirlas a otra lengua, más aún cuando el traductor sabe que el lector no posee las mismas claves interpretativas que tenía el autor y se ve obligado a buscar fórmulas que produzcan en él los sentimientos, sensaciones que la obra original produciría en sus lectores.

Entre los posibles destinatarios de la traducción tenemos: 1. el lector que desconoce completamente la lengua original extranjera y necesita obtener la información contenida en la obra; 2. el lector que busca una traducción bella, fácil de leer, hecha con elegancia; en ésta será necesario conservar los elementos que acompañan al texto: su cadencia, ritmo, estilo,

¹³ El exponente más radical de esta línea tal vez sea Ulrich von Wilamowitz-Moellendorf: «Hay que despreciar la letra y seguir el espíritu; no se trata de traducir palabras ni frases, sino de recibir y comunicar ideas y sentimientos. El vestido debe ser nuevo; su contenido, el mismo. Toda traducción correcta es “travestí”, o, hablando con mayor claridad, el alma permanece, pero cambia el cuerpo. La traducción verdadera es “metempsicosis”». Cf. U. von Wilamowitz-Moellendorf, «El arte de la traducción», en D. López García (ed.), *Teorías de la traducción: Antología de textos*, Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 1996, 348-351.

¹⁴ El traductor puede, por su falta de conocimiento de la lengua o por la falta de equivalencia de expresiones de una lengua a otra, generalizar conceptos, eliminando parte de su contenido semántico y emocional, al utilizar pájaro en lugar de jilguero, ruiseñor, canario, o árbol en lugar de álamo, roble, pino, etc.

las asociaciones que despierta, etc., procurando que quede la impresión de que se está leyendo una obra de arte; 3. el lector que exige una versión lo más fiel posible al sentido original, al que se ofrecerá una traducción literal realizada con fines pedagógicos, pero no artísticos.

2. LA TRADUCCIÓN DEL MS 85/03 DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Veamos brevemente cómo aplicamos estas breves notas a nuestro trabajo. Nuestro grupo es multidisciplinar y como tal enriquece y perfecciona un trabajo que es una labor de equipo y que si bien en un primer momento tiene una temporalización clara: transcripción, traducción, interpretación, en la realidad, las tres fases están activas en todo momento. En primer lugar quiero señalar la estrecha interrelación y la interdependencia mutua que existe en el trabajo que estamos realizando dentro de nuestro proyecto. Nos encontramos ante un manuscrito que tenemos que transcribir, traducir y estudiar. La actividad de transcripción tiene que ser, al menos en nuestro caso, necesariamente completada en la traducción; en no pocas ocasiones, al intentar la traducción una frase, nos hemos visto obligados a acudir al original y comprobar si la lectura era la apropiada porque no conseguíamos encajarla en la traducción; nos encontrábamos con una falta de concordancia evidente que originaba que en ocasiones tuviéramos que corregir la transcripción; también en otras, la lectura era tan clara que no nos quedaba más remedio que aceptar el texto e intentar dar una solución coherente en nuestra traducción.

Asimismo es también imprescindible para nosotros el apoyo de la filosofía, y los conocimientos sobre el tema objeto de traducción –el pensamiento filosófico de Tomás de Aquino y los comentarios que nos ha transmitido Barrionuevo de la lectura que hace Francisco de Vitoria de éste–. Numerosas expresiones, citas, incluso párrafos completos –a los que haré alusión más adelante– adquirirían sentido a la luz de un conocimiento más profundo del tema.

La actividad del traductor no es afortunadamente una ciencia exacta o una técnica sometida a reglas estrictas y automáticas. Es ciertamente, como venimos diciendo, un ejercicio de disciplina, de sometimiento a normas y convenciones más o menos estrictas, pero también es una actividad creativa que permite variedad de opciones, con frecuencia igualmente válidas, hasta el punto de que no es raro encontrar discrepancias entre los

investigadores de modo que uno considere aceptable e incluso aconsejable lo que es rechazado por otro.

En el caso que nos ocupa, del Ms 85/03 de la Biblioteca de la Universidad Pontificia de Salamanca en el que Juan de Barrionuevo nos transmite las clases de Francisco de Vitoria a las que él asistió, que estamos traduciendo ahora, sólo se han editado las dos primeras cuestiones y no se ha traducido ninguna¹⁵. La razón parece clara: el estudio tanto de la teología como de la filosofía han estado siempre estrechamente vinculados a la lengua latina. Quienes se dedicaban a ellos estaban en condiciones de leer y comprender directamente los textos. Por tanto, no se percibía la necesidad de traducir unos textos al alcance de todos en su lengua original.

Esto, lamentablemente, no está tan generalizado ahora y los posibles lectores-estudiosos de Vitoria necesitan disponer de una traducción que les ponga en contacto con su pensamiento. La distancia de prácticamente cinco siglos no representa, evidentemente, sólo un espacio de tiempo, sino, lo que es más significativo, de pensamiento, de comportamiento, de formas de comprender y expresar la realidad, lo que constituye una dificultad añadida al tratar de ponerlo en nuestra lengua, que debemos tener presente en todo momento.

Hemos abordado el trabajo guiados por la actitud del propio Francisco de Vitoria expresada en el prólogo, que pone de relieve su interés y su inquietud por los destinatarios de sus lecciones, por transmitirles su entusiasmo renovado, aun cuando se trata de temas que ha explicado muchas veces y contando con el ánimo y la colaboración, mediante el estudio de sus alumnos, que hasta ese momento le ha parecido que ha sido siempre óptimo, lo que le agrada y le estimula.

«Lo he dicho para que no penséis que vengo siempre con la misma cantinela que se ha de repetir. Y lo que ya dije, quizá mil veces, de nuevo lo repetiré. Y esto no es fruto de mi ingenio, sino que como con un nuevo fervor, una nueva diligencia, lo explicaré todo palabra por palabra, como si lo hubiera empezado a leer por primera vez en este día. Sin embargo lo voy a hacer de tal manera que también vosotros me animéis según vuestra fuerza y me ayudéis con vuestro diligente estudio; que ciertamente he sentido hasta ahora que es óptimo y me agrada mucho»¹⁶.

¹⁵ Cf. C. Pozo, *De sacra doctrina, in I. p., q. I. de Francisco de Vitoria*, Granada: Facultad de Teología, 1959, y M. Mantovani, *An Deus sit (Summa Theologiae I, q. 2): los comentarios de la «primera Escuela» de Salamanca*, Salamanca: Editorial San Esteban, 2007.

¹⁶ «Quod ideo dixi ne putetis me eandem quam retinendum cantillenam recantavisse. Et ea quae millies forte dixi iterum repetiturum non in hoc est ingenii mei neque instituti

Toda traducción es a la vez interpretación y comunicación. Tenemos que contar con la formación e información del lector al que se dirige la traducción que no siempre será idéntica a la del destinatario de la obra original. No debemos perder de vista que somos el eslabón de una cadena que empezó con el autor y termina en el lector, que en nuestro caso puede ser: 1. un lector que desconoce la lengua original pero es conocedor de la filosofía; 2. un lector que conoce el latín pero no la filosofía y 3. un lector que desconoce tanto el latín como la filosofía.

Nuestro objetivo es ofrecerles a todos ellos una traducción fácil de leer, hecha con elegancia, conservando los elementos que acompañan al texto: cadencia, ritmo, estilo, asociaciones que despierta. Procurando poner de manifiesto su pensamiento sin traicionarlo; esto es, sin eludir las dificultades que plantea, sin corregir lo que a veces nos parece prácticamente ininteligible, sin caer en la tentación de “mejorar” el latín: enriqueciendo, por ejemplo, un léxico que nos parece pobre.

Desde el inicio hemos tenido presente la necesidad de una *base teórica* y de unos principios directivos, muchos de los cuales los hemos ido elaborando y seguimos haciéndolo a medida que avanzamos en nuestro trabajo y tenemos que hacer frente a nuevas y diversas dificultades, lo que nos exige un esfuerzo de sistematización, una relectura permanente y una actitud atenta que tenemos que procurar mantener durante el tiempo que dure nuestra tarea, en aras a la coherencia externa e interna de la transmisión del pensamiento de Vitoria.

Hemos optado por una traducción bastante literal, comprensiva, sin introducir de modo arbitrario claridades que modificarían el carácter del texto; allí donde el autor alude sin expresar claramente, donde omite pasajes intermedios, donde cita sin precisión, hemos procurado respetar, siempre que ha sido posible, el estilo del texto original. No podemos olvidar que se trata de lecciones. En los pasajes que nos parecen más oscuros hemos decidido, por el momento, intentar la explicación en las notas a pie de página.

Vamos a presentar algunos ejemplos concretos que pueden dar una idea del trabajo que estamos haciendo:

1. Cuando hemos optado por una forma de traducción concreta de una expresión, ¿debemos procurarla mantenerla a lo largo de

sicut novo fervore, nova diligentia omnia per verba explicabo ac si hodierna die primo legere inciperem. Ita tamen ut et vos pro vestra me virili animetis et vestro diligenti studio adiuvetis; quod quidem hucusque optimum et mihi bene placitum sensi». Ms 85/03, f. 1v.

toda la obra? En principio sí. Es el caso de *littera*. Al llegar a la conclusión de que Vitoria se refiere a obras que los alumnos pueden consultar, traduciremos habitualmente *littera* por «texto»: *Ut in littera potestis videre*: «Como podéis ver en el texto» (f. 1v); o *Videte litteram sancti Thomae* (f. 7v): «Ved el texto de santo Tomás». No obstante, podemos encontrar algún caso en el que parece que habla de la obra: *Et videtur sanctus Thomas ita sentire qui dicit in littera neccesarium est* (f. 3v): «y parece pensar así santo Tomás quien dice: en la obra es necesario...».

2. Un caso más complejo es el de *ergo*: nos parecía que no podemos mantener siempre la misma traducción porque el uso de esta conjunción podemos asociarlo a distintos valores, con versiones distintas en nuestra lengua.
 - a) Cuando se trata de la consecuencia de un razonamiento formal nos ha parecido más conveniente traducirlo, «por lo tanto»: *Primo quia conclusio sequitur debiliorem partem syllogismi sed in probatione et sillogismo theologico altera praemissarum est de fide et non evidens ergo conclusio sequetur illam praemissam et non erit evidens* (f. 8v). «Primero porque la conclusión sigue la parte más débil del silogismo; pero en la demostración y en el silogismo teológico la segunda de las premisas es sobre la fe y no evidente; por lo tanto la conclusión seguirá aquella premisa y no será evidente».
 - b) Lo hemos traducido con un término familiar para todos, «luego», cuando se trata de una consecuencia abreviada que remite a lo anteriormente dicho: *Tertio arguit quia potest aliquis errare circa decimam conclusionem et scire prima, ergo intentum* (f. 12r). «En tercer lugar argumenta que alguien puede errar acerca de la décima conclusión y saber la primera, luego lo pretendido».
 - c) También hemos optado por dejar el término latino *ergo*... cuando aparece dando por supuesto lo que seguiría a continuación: *Et praeterea sanctus Thomas 1-2 quaestio 1. art. 5. dicit omnium hominum naturaliter esse unum ultimum finem ergo. Ad hoc Scotus in prima quaestio prologi admittit quidem quod deus est finis naturalis omnium. Et probat quia homo naturaliter appetit videre deum ergo* (f. 4v). «Y además santo Tomás I-II 1, 5 dice que naturalmente existe un único fin último de todos los hombres,

ergo... Con relación a esto admite ciertamente Escoto en la primera cuestión del prólogo que Dios es el fin natural de todo y lo prueba porque el hombre desea naturalmente ver a Dios, ergo...».

3. Hay alguna ocasión en que nos ha parecido que no conseguíamos reflejar en español de modo apropiado la idea contenida en la palabra latina, dado que no nos satisfacía ninguna de las opciones aparentemente posibles; hemos decidido, por el momento, dejarla en latín, en cursiva. Es el caso de *simpliciter*: *Secundo dico quod eadem ratione qua necessitas naturalis est simpliciter necessitas eadem (inquam) illa quae constituta sunt per legem divinam sunt simpliciter necessaria sicut ista est necessaria simpliciter ad salutem humanam est necessarius baptismus et aliae similes sicut istae damnati numquam liberabuntur ab inferno* (f. 2v): «Segundo digo que por la misma razón por la que la necesidad natural es necesidad *simpliciter*, aquellas mismas (digo) que han sido constituidas mediante la ley divina son necesarias *simpliciter*, como es necesaria *simpliciter* ésta: “para la salvación humana es necesario el bautismo”, y otras similares como éstas “los condenados nunca serán liberados del infierno”».

4. A veces, para entender el texto, hemos tenido que recurrir a otros manuscritos que tratan la misma cuestión y que nos han ayudado a aclarar el significado de algún pasaje. Veamos un ejemplo: *Tertio arguit quia habitus principiorum quod perfectior quam habitus conclusionum cum sit causa illarum sed habitus eorum qui sunt in sacra scriptura non sunt scientia sed fides* (f. 8v). «Tercero, argumenta porque el hábito de los principios es más perfecto que el hábito de las conclusiones, puesto que es la causa de éstas; pero los hábitos de los que están en la Sagrada Escritura no son ciencia sino fe».

El problema que se nos planteaba en *eorum qui sunt* es que no podía referirse a *principia* porque es neutro, ni a *conclusionum* que es femenino y *qui* es un masculino claro. Pensamos que quizá podía tratarse de un error de transcripción, pero pudimos ver que *qui* aparecía muy claro. Tras recurrir a manuscritos de otros alumnos que habían asistido a la misma clase y seguido las mismas lecciones, leyendo el pasaje correspondiente del Ms 18 de la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander, vimos que se refería a *articulus* y así quedaba aclarado el *eorum qui*.

En el texto del manuscrito de Santander encontramos: *Tertio probat quia perfectior est habitus principiorum quam habitus conclusionum, quia causa est perfectior effectu; sed habitus principiorum, id est, articulorum fidei, non est scientia, sed minor quia est fides igitur habitus conclusionum non est scientia* (f. 12v). «En tercer lugar prueba porque es más perfecto el hábito de los principios que el hábito de las conclusiones, porque la causa es más perfecta que el efecto; pero el hábito de los principios, esto es, de los artículos de fe, no es ciencia, sino menor porque es fe, por tanto el hábito de las conclusiones no es ciencia».

5. Un peligro constante a la hora de traducir es la utilización de palabras inconvenientes en el sistema ideológico del autor. En esta línea podríamos colocar el término *virtualiter*; después de meditarlo y consultar cómo lo habían solucionado otros autores, llegamos a la conclusión de que no podíamos traducirlo *virtualmente* porque ese término tiene otro significado para un lector actual. Veamos el ejemplo: *Cicero illos reprehendens virtualiter dicit quod studia doctorum*, «Cicerón, reprendiéndolos enérgicamente, dice que los estudios de los jurisconsultos».

A modo de ejemplo señalamos una traducción reciente –publicada en 2012– de Augusto Sarmiento del *De Beatitudine de Francisco de Vitoria*, que es también un comentario a la *Suma* de Tomás de Aquino¹⁷. En ella se opta precisamente por la traducción literal que nosotros descartamos. El texto latino es: *Intelligendo proprie illam conclusionem non esset dubium de illa. Sed quia est utilis, potest esse dubium. Et si, sicut tenent reliqui doctores, obiectum voluntatis esset ens, conclusio non esset vera virtualiter. Sed quia nos in quaestione sequenti tractaturi sumus utrum obiectum voluntatis sit tantum bonum, et hoc nunc praesupponimus, hinc neccesario sequitur quod omnino actio humana est propter finem.*

Y la traducción propuesta: «Entendiendo en sentido particular la conclusión no habría duda alguna sobre ella. Pero, porque es útil, puede plantearse la duda. Porque, si el objeto de la voluntad fuese el ente, como sostienen los demás doctores, la conclusión no sería verdadera virtualmente. Pero dado que en la cuestión

¹⁷ Cf. F. de Vitoria, *De Beatitudine. Sobre la felicidad: («In Primam Secundae Summae Theologiae»*, de Tomás de Aquino, qq. 1-5), A. Sarmiento (ed.), Pamplona: EUNSA, 2012, 68.

siguiente trataremos sobre si el bien es el objeto de la voluntad, lo que ahora damos por supuesto, se concluye necesariamente que toda acción humana es por un fin».

Pensamos que quedaría mejor reflejada la idea, si este virtualmente se tradujera: *necesariamente, por fuerza*.

6. Otro elemento básico para la comprensión y por tanto para la traducción en una obra como la que nos ocupa son los autores citados y la identificación de las obras y lugares que citan. Nos encontramos con distintas posibilidades:

a) Aparece citado el autor sin más, para apoyar su argumentación. En ese caso tenemos que localizar el pasaje. Por ejemplo: *Cato dixit oportere eas discere non perdiscere* (f. 1v). «dijo Catón que es necesario aprenderlas, no saberlas perfectamente»¹⁸.

b) Otras veces la cita no es correcta. Es el caso del segundo ejemplo que proponemos: *Et beatus Augustinus 14, De civitate dei capitulo primo dicit super istum locum* (f. 6r). «Y san Agustín en el libro 14 de La ciudad de Dios, capítulo primero, dice sobre este pasaje». Se trata, en realidad, del escrito Sobre la Trinidad¹⁹. En estos casos la localización se hace un poco más difícil.

El error también puede estar en el texto como sucede en esta cita de Cicerón: *Ad idem etiam facit quod dicit Cicero in libro de natura deorum cum dicit: dubitavit Pithagoras*, (f. 7v). «Para lo mismo, también vale lo que dice Cicerón en el libro Sobre la naturaleza de los dioses, cuando dice: dudó Pitágoras». Se trata de Protágoras²⁰.

c) En otras aparece la cita completa y correcta y entonces, además de localizar el pasaje, hemos de recurrir al autor donde

¹⁸ M. Porcius Cato, *Libri ad Marcum filium* (fragmenta in aliis scriptis servata) fragm. 1: «Dicam de istis Graecis suo loco, Marce fili, quid Athenis exquisitum habeam, et quod bonum sit illorum litteras *inspicere, non perdiscere*».

¹⁹ Cf. S. Agustín, *De Trinitate* 14, 1: «aliud est enim scire tantummodo quid homo credere debeat propter adipiscendam vitam beatam quae non nisi aeterna est, aliud autem scire quemadmodum hoc ipsum et piis opituletur et contra impios defendatur, quam proprio appellare vocabulo scientiam videtur apostolus». Ya lo había advertido C. Pozo, o.c., 317, nota 71.

²⁰ Cf. Protágoras, *De natura deorum* 1,2: «Dubitare se Protagoras, nullos esse omnino Diagoras Melius et Theodorus Cyrenaicus putaverunt. Qui vero deos esse dixerunt tanta sunt in varietate et dissensione, ut eorum infinitum sit enumerare sententias».

encontramos esa cita desarrollada y que nos ayuda a comprender e interpretar mejor su argumento. Es el caso de este pasaje de Lactancio: *adhuc confirmatur ex dictis Lactantii in prima praefatione suorum operum dicentis magno et excellenti ingenio viri cum sese doctrinae penitus dedissent quidquid laboris, et cetera. Videte illum, loco supra citato* (f. 7r). «se confirma de los dichos de Lactancio que en el primer prefacio de su obra dice: Ha habido hombres de enorme y extraordinario talento que al entregarse totalmente a la ciencia, todo el esfuerzo, etc. Vedlo, en lugar citado». Siguiendo las indicaciones de Vitoria, en el lugar citado encontramos el texto completo²¹.

Hay que añadir la gran cantidad de referencias de todo tipo que jalonan el texto y de las que señalamos sólo algunos ejemplos que pueden ayudarnos a formarnos una idea del carácter del mismo: citas bíblicas, tanto del Antiguo²² como del Nuevo Testamento²³ con el debido trabajo de comprobación del texto, si es literal, para reproducirlo en cursiva o no; las citas constantes de santo Tomás de Aquino²⁴, de Aristóteles²⁵ y de otros autores que en ese momento eran objeto de estudio en la Universidad: Escoto²⁶, Durando²⁷, Gregorio de Rimini²⁸, Aliaco²⁹, Ockam³⁰, Capreolo³¹, etc., conocidos por todos, pero que nos obligan a un

²¹ Lactancio, *Divinae Institutiones*, 1,1: «Magno et excellenti ingenio viri cum se doctrinae penitus dedidissent quicquid laboris poterat impendi contemptis omnibus et privatis et publicis actionibus ad inquirendae veritatis studium contulerunt».

²² Cf. f. 10r: «Et Sapientia 10: dedit illis scientiam sanctorum. Et Proverbia 30 novi scientiam sanctorum».

²³ Cf. f. 13r: «Probatur ex illo Pauli ad romanos 5: invisibilia Dei a creatura mundi per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur».

²⁴ Cf. f. 10v: «Et hoc videtur sensisse sanctus Thomas de veritate q. 14, art. 9 ad tertium ubi dicit quod theologia non est ita perfecta scientia sicut aliae».

²⁵ Cf. f. 8r: «Probat auctoritate Aristoteles primo Posteriorum analyticorum libro dicente».

²⁶ Cf. f. 4v: «Ad hoc Scotus in prima quaestio prologi admittit quidem quod deus est finis naturalis omnium».

²⁷ Cf. f. 8r: «Et quidem Durandus in prima quaestione prologi ponit conclusionem quod theologia non est proprie neque univoce scientia, sed improprie valde et aequivoce».

²⁸ Cf. f. 10r: «Et quidem Gregorius Ariminensis dicit quod theologia debet vocari fides».

²⁹ Cf. f. 16v: «Eadem est opinio de Alliaco 1 quaestione primi sententiarum propter easdem rationes».

³⁰ Cf. f. 23v: «Contrarium dicit Ockam d.3 primi».

³¹ Cf. f. 16v: «Capreolus q. 4 prologi conclusione 2 quod aliqua differentia est inter obiectum scientiae et subiectum scientiae».

ejercicio permanente de localización y comprobación que contribuyen en gran medida a la comprensión del texto.

7. Finalmente, añadiremos un último ejemplo, éste relacionado con la importancia del conocimiento y de la comprensión de la materia que se traduce. La afirmaciones: *Quod consequentia in baroco non potest esse mala* (f. 8v). «La consecuencia en “Baroco” no puede ser mala», y *Consequentia in barbara a multis negatur* (f. 27r), «muchos niegan la consecuencia en “barbara”». Para los acostumbrados al lenguaje de la filosofía y de la lógica el significado de estas expresiones les aparecerá claro y evidente. No obstante, pueden ser completamente opacas para quienes no saben que *Baroco* y *Barbara* son términos mnemotécnicos utilizados para recordar los silogismos, siendo «A» una proposición Universal afirmativa, y «O» Particular negativa. La traducción sigue siendo la misma, pero no así la comprensión del significado del pasaje que está explicando Vitoria.

En definitiva en el proceso de traducción nos movemos entre dos conceptos tradicionales y siempre en conflicto que aparecen invariablemente en cualquier discusión sobre la traducción: los de fidelidad y libertad. Debemos tener en cuenta que la fidelidad no consiste en intentar salvar a toda costa la literalidad. Con frecuencia la fidelidad estricta a la morfología y la sintaxis puede conducir a la incomprensión. De ahí que sea necesaria una lectura y una relectura permanentes del texto original a la luz de todos los elementos que hemos apuntado, para conseguir una traducción *natural*. Ésta solo puede serlo si el traductor consigue olvidarse del texto de origen y escucha el sentido³², que puede ser expresado en cualquier idioma.

³² Cf. D. Seleskovitch, *L'interprète dans les conférences internationales, problèmes de langage et de communication*, Paris: Minard Lettres Modernes, 1983, 2 ed. Cf. también Cicerón y san Jerónimo en los lugares citados.

El presente trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación de la Junta de Castilla y León: «Manuscritos de la Escuela de Salamanca: Francisco de Vitoria. El ms. 85/03 y el ms. 548: Scholia in Sacra Theologia super primam partem sancti Thomae de Aquino. Transcripción, traducción y estudio», con la referencia PON165A11-1.

RESUMEN

La actividad del traductor no es una ciencia exacta o una técnica sometida a reglas estrictas y automáticas. En la traducción intervienen muchos factores. Además del valor propio del mensaje transmitido hay otros elementos fundamentales para la mejor comprensión del mensaje y del pensamiento del autor original. Una traducción necesita una base teórica para formular las opciones, generar posibles traducciones y elegir entre ellas.

En el Ms 85/03 de la Biblioteca de la Universidad Pontificia de Salamanca Juan de Barrionuevo nos transmite las clases de Francisco de Vitoria a las que él asistió. En este caso la traducción es una fase que completa el proceso de transcripción. Además es necesario conocer el pensamiento filosófico de Tomás de Aquino y cómo lo interpreta Francisco de Vitoria.

Palabras clave: Manuscrito, traducción, Escuela de Salamanca, Francisco de Vitoria, Tomás de Aquino.

ABSTRACT

The activity of a translator is not an exact science or a technology submitted to strict and automatic rules. A variety of factors intervene in translation. Besides the transmitted message's own value, there are other fundamental elements for the best understanding of the message and thoughts from the original author. Any translation needs a theoretical base to formulate the options, to generate possible translations and to choose between them.

In the Ms 85/03 of the Library of the Universidad Pontificia of Salamanca Juan de Barrionuevo reproduced Francisco de Vitoria's lessons he attended. In this work, the translation is a phase that completes the transcription process. In addition, it is necessary to know Thomas of Aquin's philosophical thought and how Francisco of Vitoria interpreted it.

Keywords: Manuscript, translation, School of Salamanca, Francisco de Vitoria, Thomas of Aquin.